

RESUMEN/RESUMO/ABSTRACT

El principal objetivo de este artículo es discutir las posibilidades y dificultades de la historia ambiental para estudiar la relación histórica entre el hombre y los ríos. Desarrollo un análisis histórico acerca del río Tibagi en el estado de Paraná en el siglo XIX.

• • • • •

O principal objetivo deste ensaio são as possibilidades e dificuldades da história ambiental no estudo das relações históricas entre os homens e os rios. Ao final desenvolvo a análise de um processo histórico sobre a disputa pelo território da bacia do rio Tibagi no Estado do Paraná, em meados do século XIX

• • • • •

The main objective of this paper is to discuss the possibilities and difficulties of environmental history to study the historical relationship between man and rivers. At the end, I develop a historical analysis about the Tibagi river in the State of Paraná along the 19th century.

PALAVRAS CHAVES: RIOS • HISTÓRIA AMBIENTAL • ESPAÇO • HISTÓRIA DOS RIOS • RIO TIBAGI
KEY WORDS: RIVERS • ENVIRONMENTAL HISTORY • SPACE • HISTORY OF RIVERS • TIBAGI RIVER

Recepción: 09/05/06 • Aceptación: 25/10/06

Historia de ríos: ¿Historia ambiental?

GILMAR ARRUDA*

Departamento de História da Universidade Estadual de Londrina

El territorio brasileño es atravesado por una inmensa cantidad de pequeños y grandes ríos, que aparecen en diversos procesos históricos del país, pero los campos de la Historia y la Geografía se han ocupado poco de ellos. A pesar de que rara vez aparecen, los ríos no están ausentes en la historiografía brasileña, pueden encontrarse en análisis de historiadores del siglo XIX e inicios del XX, como en el del historiador brasileño Capristano de Abreu, muy conocido por sus múltiples estudios, entre los que destaca: *Caminos y fronteras de Brasil*, en donde expresa su preocupación por los problemas de la interiorización de la *civilización* y por las definiciones territoriales; desde esta perspectiva se ubican los ríos San Francisco, Amazonas y Paraguay. En la década de 1940, el río Tietê, que cruza el estado de São Paulo en sentido Este-Oeste, fue objeto de un estudio de

PALABRAS CLAVE:

•

RÍOS

•

HISTORIA AMBIENTAL

•

ESPACIO

•

HISTORIA DE LOS RÍOS

•

RÍO TIBAGI

* arruda@sercomtel.com.br; garruda@uel.br

Humberto Mello Nobrega, titulado: *História do rio Tietê*,¹ que lo transformó en una carretera del *expansionismo paulista*.

Sérgio Buarque de Hollanda, uno de los más importantes historiadores brasileños del siglo XX, con su trabajo acerca de las *monções*,² logró actualizar el significado de los ríos, al referirse a ellos como “ríos que caminan”, importantísimos en el proceso de “descubrimiento de los sertões”.³ A partir de este hecho, se puede decir que los ríos no tuvieron mayor presencia en los análisis historiográficos brasileños, los cuales se dirigieron a otros temas hasta los tiempos actuales de la nueva historia: la historia cultural, de las mentalidades, entre otras.

El objetivo de este artículo es retomar algunos de los significados de los ríos en la historia brasileña, acercándolos a los debates más recientes de la historiografía. Comenzaré por la historia ambiental y sus relaciones con la especialidad. En la década de 1970 e inicios de la de 1980 tuvo lugar, en todo el mundo, un gran aumento del interés por la cuestión ecológica. Surgieron importantes estudios en torno a la relación entre el hombre y la naturaleza.⁴ En Brasil, sólo al final de la década de 1990 se percibió un desarrollo más sensible en el campo de la llamada historia ambiental, no obstante, la existencia de algunos pioneros.⁵ Parques na-



¹ Humberto Mello Nobrega, *História do rio Tietê*, São Paulo, Brasil, Belo Horizonte/Itatiaia/Edusp, 1981.

² El término *monções*, inicialmente, designaba los vientos alternados que determinaban las épocas de navegación, sobre todo en el oriente. En Brasil, se refiere a un proceso de expansión hacia el Oeste, iniciado a partir del descubrimiento de oro en las minas de Cixipó Mirin, en el estado de Mato Grosso, al inicio del siglo XVIII. En este caso, las *monções* designaban los viajes fluviales de los *paulistas* desde la provincia de São Paulo hasta Cuiabá, en la provincia de Mato Grosso. A pesar de que el periodo de las partidas de las *monções* brasileñas coincidía con las del Oriente (marzo/abril) no eran los vientos sino las crecidas de los ríos quienes determinaban el periodo de navegación. Sérgio Buarque de Hollanda, “As *monções*”, en Sérgio Buarque de Hollanda (org.), *História geral da civilização brasileira*, vol. 1: *Do descobrimento a expansão territorial*, São Paulo, Brasil, Difel, 1972, pp. 307-322.

³ Denominación que se refiere a los territorios interiores del país, poco explotados por los grupos blancos y con poca presencia poblacional, o bien ocupados, en su mayoría, por indígenas.

⁴ Keith Thomaz, *O homem e o mundo natural*, São Paulo, Brasil, Cia das Letras, 1983; Raymond Williams, *O campo e a cidade*, São Paulo, Brasil, Cia das Letras, 1990; y Alain Corbain, *O território do vazio: a praia e o imaginário ocidental*, São Paulo, Brasil, Cia das Letras, 1989. Traducidos al portugués durante la década de 1990.

⁵ Son relevantes los estudios de José Carlos Drummond, *National Parks in Brazil: a study of 50 years of environmental policy (with case studies of the nacional parks of the State of Rio de Janeiro)*, tesis de maestría, The Evergreen State Collage/Thomas Edison State Collage, Washington, Estados Unidos, 1998; Antônio Carlos Diegues, *O mito moderno*

cionales o naturales, movimientos ecológicos y floresta atlántica fueron los temas analizados por esos autores.

A finales del siglo XX y principios del XXI, la producción historiográfica acerca de las relaciones entre sociedad y naturaleza se amplió considerablemente. Este movimiento puede percibirse en los textos presentados en los encuentros nacionales de la Asociación Nacional de Postgrado e Investigación en Sociedad y Medio Ambiente, sobre todo los del grupo de trabajo “Historia, Sociedad y Medio Ambiente en Brasil”, coordinado por el profesor José Augusto Pádua.⁶ Asimismo, en los últimos años, aparecieron trabajos que abordan el tema de los ríos, la mayoría de ellos con un carácter interdisciplinario.⁷

Dentro del campo de la historia ambiental es necesario reflexionar acerca de algunos principios metodológicos para entender las posibilidades que los ríos ofrecen al campo historiográfico. En la concepción de Warren Dean, una historia ambiental no sería una historia natural que trata de manera exclusiva las relaciones entre las propias criaturas de la naturaleza; esto lo expone en su investigación sobre el bosque atlántico:



da natureza intocada, São Paulo, Brasil, Hucitec, 1996; Warren Dean, *A ferro e fogo: a história e a devastação da mata atlântica brasileira*, São Paulo, Brasil, Cia das Letras, 1997; y la recopilación de José Augusto Pádua (org.), *Ecología e política no Brasil: espaço e tempo*, Río de Janeiro, Brasil, Instituto Universitario de Pesquisas do Rio de Janeiro, 1987.

⁶ Los textos se encuentran disponibles en www.anppas.org.br. Para conocer más acerca de la producción reciente de la historia ambiental en Brasil, véanse Regina Horta Duarte, *História e natureza*, Belo Horizonte, Brasil, Autêntica, 2005 y “Por um pensamento ambiental histórico: o caso do Brasil”, en *Luso-Brazilian Review*, vol. 41, núm. 2, 2005, pp. 144-161; y José Augusto Drummond, “Por que estudar a história ambiental no Brasil? Ensaio temático”, en *Varia História*, núm. 26, 2002.

⁷ Mauro Leonel, *A morte social dos rios*, São Paulo, Brasil, Perspectiva/Fundação de Amparo a Pesquisa do Estado de São Paulo, 1998; Victor Leonardi, *Os historiadores e os rios: natureza e ruína na amazônia brasileira*, Brasília, Brasil, Paralelo 15/Editora Universidade de Brasília, 1999; Zanoni Neves, *Navegantes da integração: os remeiros do Rio São Francisco*, Belo Horizonte, Brasil, Editora Universidade Federal de Minas Gerais, 1998; Alexandre Adalardo Oliveira y Douglas C. Daly (orgs.), *Florestas do Rio Negro*, São Paulo, Brasil, Cia das Letras/Unip, 2001; Regina Horta Duarte, “Conquista e civilização na Minas oitocentista [Introdução]”, en Teófilo Otoni, *Notícias sobre os selvagens do Mucura*, Belo Horizonte, Brasil, Editora Universidade Federal de Minas Gerais, 2002; y Haruf Salmen Espindola, *Sertão do rio Doce*, Bauru, Brasil, Edusc/Governador Valadares/Editora Univale, 2005.

Es, en primer lugar, un estudio de la relación entre el bosque y el hombre [...] la intención fue la de retratar el bosque atlántico como algo más que una atractiva reserva de recursos o un reto a la ambición humana.⁸

En este sentido, es pertinente preguntar: ¿tienen historia los ríos? Es preciso afirmar que, para abordar los ríos desde un enfoque ambiental, no se puede dejar de lado la perspectiva de las *ciencias naturales*. Gran parte de las relaciones contemporáneas —es decir, el punto de vista de la comparación entre el tiempo del historiador y el del geólogo— derivaron o fueron definidas hace millones de años en términos de la formación geológica; por ejemplo: las cascadas o gargantas propicias para la construcción de presas y la producción de energía eléctrica. La historia ambiental toma en cuenta estas cuestiones, pero su eje principal no es una historia natural o geológica, ya que los hechos que examina están insertos en el tiempo histórico. La respuesta es entonces: el campo de investigación trata la forma en que las sociedades humanas se han relacionado con los ríos.

Se admite *a priori*, pero no sin historicidad, la existencia de una relación entre los hombres y los ríos, o las aguas, de manera más amplia. Se trata, sin lugar a dudas, de la historia de las relaciones que los hombres establecieron con los elementos naturales, como lo han demostrado diferentes autores.⁹

Se considera que la historia ambiental es el campo mejor equipado para la investigación de las relaciones entre las sociedades y los ríos. Las perspectivas y los límites de este campo historiográfico fueron señalados, de manera precisa, a inicios de la década de 1980 por Donald Worster, uno de los más prominentes historiadores ambientales estadounidenses. Según él, “la historia ambiental trata



⁸ Warren Dean, *op. cit.*, 1997, p. 28.

⁹ José Carlos Drummond, “Ciência socioambiental: notas sobre uma abordagem necessariamente eclética”, en Rivail Carvalho Rolim, Sandra Araújo Pellegrini y Reginaldo Dias (orgs.), *História, espaço e meio ambiente*, Maringá, Brasil, Anpuh/Paraná, 2000; José Augusto Pádua, *Um sopro de destruição: pensamento político e crítica ambiental no Brasil escravista (1786-1888)*, Rio de Janeiro, Brasil, Jorge Zahar Editores, 2002; Donald Worster, *River of Empire: Water, Aridity, and The Growth of The American West*, Nueva York, Estados Unidos, Oxford University Press, 1985 y *A River Running West: The Life of John Wesley Powell*, Nueva York, Estados Unidos, Oxford University Press, 2001; Richard Withe, *The Organic Machine: The Remaking of The Columbia River*, Nueva York, Estados Unidos, Douglas & McIntyre Ltd., 1995; y James M. Aton y Robert S. McPherson, *River Flowing From The Sunrise: An Environmental History of The Lower San Juan*, Utah, Estados Unidos, Utah University Press/Logan, 2000.

de la función y del lugar de la naturaleza en la vida humana”,¹⁰ estableciendo tres niveles de análisis:

[...] el primero trata del entendimiento de la naturaleza propiamente dicha, tal como se organizó y funcionó en el pasado [...] El segundo nivel de la Historia Ambiental introduce el dominio socioeconómico en la medida en que éste interacciona con el medio ambiente [...] el tercer nivel de análisis lo conforma el tipo de interacción más intangible y exclusivamente humano, sólo mental o intelectual; donde percepciones, valores éticos, leyes, mitos y otras estructuras de significación se vuelven parte del diálogo de un individuo o de un grupo con la naturaleza.¹¹

El tercer nivel incluye el estudio de la estética, la ética, el folclor, la literatura, el paisanismo, la ciencia y la religión: “debe ir a todas partes en donde la mente humana estuvo investigando el significado de la naturaleza”.¹² Los tres niveles interactúan y se articulan, lo que hace imposible separarlos. Dean afirma que apareceran separados cuando las fallas o incapacidades del propio historiador, la dispersión o las lagunas documentales hayan borrado o disimulado las alteraciones inherentes a la interacción hombre-naturaleza.¹³ Este nivel, el de las representaciones —del imaginario social en la definición de Bronislaw Baczko—,¹⁴ puede tener un peso fundamental en las decisiones y en la organización de los grupos sociales. Baczko se pregunta ¿cómo es posible separar los agentes y sus actos de las imágenes que poseen de sí mismos y de sus enemigos, sea del orden que sea, en lo que él llama “conflictos graves”, como guerras o revoluciones? Serían las representaciones las que guiarían a los hombres en sus actitudes. Entonces, “¿No son ellas, las acciones, efectivamente dirigidas por estas representaciones? ¿No modelan los comportamientos? ¿No movilizan las energías? ¿No legitiman las violencias?”¹⁵ Este aspecto también se aplica al imaginario social acerca de la naturaleza.



¹⁰ Donald Worster, “Para hacer a Historia Ambiental”, en *Revista Estudos Históricas*, vol. 4, núm. 8, 1991, p. 201.

¹¹ *Ibid.*, pp. 201-202.

¹² *Ibid.*, p. 210.

¹³ Warren Dean, *op. cit.*, 1997, p. 48.

¹⁴ Bronislaw Baczko, “Imaginação social”, en *Enciclopédia Einaudi*, vol. 5, Lisboa, Portugal, Imprensa Nacional/Casa da Moeda, 1985.

¹⁵ *Ibid.*, p. 298.

Las perspectivas de la historia ambiental, sin embargo, son prometedoras, pues han sufrido diferentes críticas y correcciones las cuales deben ser mencionadas. La principal es el reduccionismo romántico que transforma la naturaleza en algo que no ha sido tocado y, por lo tanto, es equilibrado y neutro. Víctor Leonardi señaló algunos de estos problemas, al intentar identificar las diferentes formas de relaciones entre el hombre y el medio ambiente, en particular, con la naturaleza amazónica:

[...] el investigador puede incurrir en una nueva forma de reduccionismo. No más un reduccionismo economicista [...] pero, esta vez, una especie de reduccionismo ambientalista en el cual las variables ambientales tendrían un poder explicativo determinante, sobreponiéndose —¿en última instancia?— a las demás.¹⁶

El riesgo de caer en el reduccionismo o en una historia militante existe y, tal vez, la mejor solución para ese problema sea la interdisciplinariedad. El diálogo entre las metodologías científicas puede disminuir el peligro del reduccionismo. Los principales especialistas de la historia ambiental o, como prefiere Leonel, de una ciencia socioambiental, coinciden en señalar la necesidad de que los investigadores mantengan un diálogo con otros campos que tienen a la naturaleza como objeto de estudio y, a partir de ahí, construir un ámbito común de reflexión, al asimilar y enriquecer los conceptos y metodologías. Al mismo tiempo, hay que mostrar a las otras disciplinas científicas que las humanidades también pueden contribuir a la producción de conocimiento acerca de la naturaleza, en este caso específico: los recursos hídricos.¹⁷

Las reservas en cuanto al estudio de las relaciones hombre-naturaleza fueron señaladas por Lucien Febvre en la década de 1930; planteó algunas preocupaciones metodológicas para evitar el reduccionismo o el determinismo geográfico, en este caso, el natural. En su estudio sobre el río Rhin, decía:

El Rhin: en el exacto momento en que pronuncia este breve nombre, el hombre de hoy siente brotar en sí mismo una imagen. Sobre la página en blanco de su memo-



¹⁶ Víctor Leonardi, *Os historiadores e os rios: natureza e ruína na amazônia brasileira*, Brasília, Brasil, Paralelo 15/ Editora Universidade de Brasília, 1999, p. 16.

¹⁷ José Carlos Drummond, *op. cit.*, 2000 y Mauro Leonel, *op. cit.*, 1998.

ria, se perfila, con una nitidez singular, el trazado de un gran río histórico [...] ningún misterio en esta evocación ningún problema en este reconocimiento. Este Rhin es una persona. No vacilamos en identificarlo como tal, de la naciente a la desembocadura, así como no vacilamos en reconocer, viéndolo delante de nosotros, un viejo amigo de siempre. Y, sin embargo, el problema existe. El amigo es lo que es desde que empezó a existir. ¿Y el río? [...] pero ¿quién decidió: aquí el río, allá los afluentes? ¿La naturaleza o el hombre? Un individuo, el río —pero creado tal cual por la naturaleza; forjado por el hombre, nacido de una elección pensada y de una voluntad consciente.¹⁸

Para Febvre, el río como tal, con sus imágenes, historias y relatos; dónde y cómo aparece en los documentos, es una construcción humana. Al evocar una referencia, el hombre siente brotar dentro de sí imágenes, memorias e historias que surgen de aquel río que la historia debe buscar.

Los riesgos del determinismo geográfico, tan cuestionado en el pasado, parecen ser muy grandes dentro de la historia ambiental.¹⁹ En este sentido, Dora Shellard Corrêa hizo una crítica contundente, desde una perspectiva de la historia ambiental, que pretende cambiar los protagonistas de la historia, al aislar la naturaleza del mundo humano,

[...] como si ella fuera exterior a él [para Corrêa] esta abstracción se presentó como necesaria para lograr uno de los objetivos de esta especialidad: cambiar a los protagonistas tradicionales de esta ciencia humana, sustituyéndolos por los bosques, por las hormigas saúvas, por los virus, en un proceso de personificación de la naturaleza.²⁰



¹⁸ Lucien Febvre, *O Reno, mitos e realidades*, Río de Janeiro, Brasil, Civilização Brasileira, 2000, p. 71.

¹⁹ En la presentación de la edición de la década de 1980, Meter Schöttler señala: “Una de las tesis fundamentales de la obra consiste en decir que el Rhin no es un dato de la naturaleza, sino un producto de la Historia humana. Los hombres no fueron los únicos en adaptarse al Rhin: el propio río no puede ser pensado sin que se tomen en cuenta las intervenciones humanas, acumuladas hace milenios. Y, por lo tanto, inútil imaginar un estado original de los lugares o de las razas. Para cada periodo, y para cada sociedad, es necesario realizar nuevos análisis de la función del río”. Meter Schöttler, “Presentación”, en Lucien Febvre, *O Reno, mitos e realidades*, Río de Janeiro, Brasil, Civilização Brasileira, 1980, p. 37.

²⁰ Dora Shellard Corrêa, *Paisagens Sobrepostas. Índios, posseiros e fazendeiros nas Matas de Itapeva, (1723-1930)*, tesis de doctorado, Universidade de São Paulo, São Paulo, Brasil, 1997, p. 47.

Tal vez este proceso de *deshumanización*, sea producto del esfuerzo de alguna corriente de la historia ambiental por acentuar el aspecto destructivo de la acción del hombre sobre la naturaleza, tratando así de recuperar una posible acción de la *naturaleza* en su lucha por la “preservación/conservación”. Como afirma Dora Shellard Corrêa:

Al final, todos impactan a la naturaleza, desde los indígenas hasta los caficultores y los industriales [...] y la diferencia está en el grado de devastación. Se terminó por dar un carácter negativo, indistintamente, a todas las relaciones pretéritas. Se homogeniza el diferente. Queda para el futuro la perspectiva de una convivencia más positiva, viabilizada solamente por el desarrollo del pensamiento científico. De este procedimiento resulta apenas una historia de pocos hombres, que es la crítica más común a esta especialidad, pero también una despolitización de la propia cuestión ambiental.²¹

Este debate dificulta aún más el abordaje del río como objeto de análisis dentro del campo de la historia. Los documentos producidos en determinada época tienen, inevitablemente, las perspectivas de lectura, la formulación de un paisaje y la valorización de algunos aspectos presentes en la naturaleza y el ocultamiento de otros.

Un ejemplo más de una actitud antirreduccionista es el de James M. Aton y Robert S. MacPherson, cuando justifican la elección del río San Juan para sus investigaciones:

San Juan es un excelente lugar para ver el desdoblamiento de este proceso. Con Navajos [...] Apaches, mormones y no mormones, mexicanos, todos compitiendo por su agua a lo largo del tiempo, el San Juan permite un excelente estudio de caso de la forma como las culturas lidiaron unas con las otras en su desarrollo, en medio del proceso candente de cooperación, coexistencia y conflictos. Pocas historias de ríos abren tantas diferentes ventanas para poder ver las relaciones de raza y medio ambiente.²²



²¹ *Ibid.*

²² James M. Aton y Robert S. McPherson, *op. cit.*, 2000, p. 3.

En su estudio sobre el río Columbia, Richard Withe definió los ríos como una “máquina orgánica”, estableció una metáfora con la energía, pues para él, se trataba de un “sistema de energía” que a pesar de ser modificado por los humanos, se mantenía natural, con sus cualidades “no fabricadas”. Energía como un concepto multiforme y común:

La corriente del río es energía, como lo es la electricidad que viene de las presas que bloquean la corriente. El trabajo humano es energía, como lo son las calorías almacenadas en forma de grasa por los salmones en su jornada río arriba. Mirando por un lado, energía es abstracción; mirando por otro, es algo concreto como el salmón, el cuerpo humano y la Gran Presa Coulee.²³

Para el autor, la idea de energía permitiría establecer la relación que existe entre los humanos y la naturaleza, aunque actualmente se encuentre debilitada: “Por mucho tiempo en la historia humana, trabajo y energía han ligado hombres y ríos, humanos y naturaleza”.²⁴

A pesar de que los estudios referidos están separados por casi 60 años del libro de Lucien Febvre y de que sus motivaciones han sido diversas, es posible pensarlos en una misma dirección: lo importante es percibir que la relación de los humanos con los ríos es una doble vía y evitar el reduccionismo o el determinismo.

Además de los peligros del reduccionismo, hay que añadir, como dificultad o riesgo, la incorporación por los historiadores de una espacialidad definida por los hombres en una forma de apropiación de la naturaleza, al entender sus fenómenos como *límites* y presentarlos como *límites naturales*. Este tipo de relaciones entre hombre y naturaleza, es decir, la producción de una escala regional para construir territorios estatales, apropiándose del curso del agua como frontera natural, es una de las dificultades que hay en el campo de la historia ambiental.

La *frontera* y la *región* tienen sus supuestos en el campo social. Ambos fenómenos buscan en la naturaleza elementos para neutralizar los conflictos y las luchas de poder por el territorio. La naturaleza aparece como un elemento *pacificador* en las disputas. La imagen de un río, por ejemplo, es entendida como un límite más estable y exento de conflictos que una línea representada en un mapa, como es el



²³ Richard Withe, *op. cit.*, 1995, p. IX.

²⁴ *Ibid.*, p. 4.

caso del río Rhin, visto como frontera *natural* entre Francia y Alemania. En relación con este río y los límites naturales, es bueno recordar las advertencias de Febvre:

Dejemos a la astucia de unos, a la ingenuidad de otros, la *frontera natural*. No hay sino fronteras humanas. Ellas pueden ser *justas* o *injustas*, pero no es la *naturaleza* quien dicta la equidad o aconseja la violencia. Dejemos *la raza*, sobre todo a los malos pastores. Ella les pertenece por derecho de invención.²⁵

Así, se puede afirmar que la búsqueda de la *naturalización* es una característica común a los fenómenos de la *región* y de la *frontera*. Entonces, hay que buscar una metodología para la *desnaturalización* de la región —de cualquier especialidad— y de sus fronteras. Es decir, se debe buscar la historia de su construcción; los actores sociales y procesos que posibilitaron el establecimiento de un corte espacial o cultural al oponer poblaciones y grupos sociales y favorecer la construcción de identidades: los que son iguales están dentro, o de *nuestro* lado; los diferentes, afuera o más allá de las líneas limítrofes imaginarias.

Toda región —objeto o construcción de la operación historiográfica— implica el establecimiento de fronteras y, como ambas constituyen fenómenos históricos, es imprescindible transformarlos en verdaderos temas de estudio, lo cual puede lograrse si se les suprime el carácter de dato bruto, inmutable o de *telón de fondo* de los acontecimientos históricos.

La práctica de la *desnaturalización* de la región/frontera encuentra otra posibilidad al historiar los elementos constitutivos de sus límites e implicaciones. Una *arqueología* del surgimiento de la construcción y establecimiento de sus marcos, tanto lingüísticos como cartográficos, sería una estrategia segura. Una arqueología de este tipo buscaría las prácticas, discursos y conflictos que posibilitaron la construcción de la región y de las fronteras.

Para esta arqueología, todos los documentos son válidos. Michel de Certeau, afirma que:

Todo relato es un relato de viaje —una práctica de espacio, las fronteras son una práctica de espacio. En los relatos de viaje, de los registros civiles, escrituras, judi-



²⁵ Lucien Febvre, *op. cit.*, 2000, p. 66.

Historia de ríos: ¿Historia ambiental?

ciales, encontramos las pistas de construcción de la región y marcación de fronteras. Las operaciones de “demarcación”, contractos narrativos y compilaciones de relatos son compuestas como fragmentos sacados de historias anteriores que forman un bricolage en un todo único [...] Constituyen una inmensa literatura de viajes, es decir, de acciones organizadas de áreas sociales y culturales más o menos extensas. Pero esta literatura representa apenas una parte ínfima (aquella que se escribe en puntos litigiosos) de la narración oral que no cesa, trabajo interminable, de componer espacios, verificar, confrontar y desplazar sus fronteras.²⁶

Los documentos, en sus series, se constituyen como fuentes de significación y organización del espacio, históricamente marcadas, que deben servir para realizar la arqueología de la composición de las regiones y de las fronteras. No se trata de buscar el punto inicial en la organización y disposición del espacio, sino de señalar cómo no son estáticas, fijas o naturales. Cambian, a veces lentamente; otras, de manera abrupta, como en el caso de los procesos de colonización acelerada en las regiones norte y oeste del estado de Paraná, en la primera década del siglo XX.²⁷

El espacio, configurado en diferentes territorialidades es, por lo tanto, un reto para el campo de la historia ambiental. Por ejemplo, Donald Worster, afirma que la renovación historiográfica de las últimas décadas, a pesar de haber ampliado la perspectiva de la historia al incluir otros asuntos, no ha amenazado:

[...] la primacía del Estado nacional como territorio legítimo del historiador. La historia social, la historia económica y la historia cultural aún se realizan dentro de las fronteras nacionales. En un grado realmente extraordinario en el ámbito de las disciplinas académicas, la historia (en la actualidad) se ha inclinado a permanecer en el estudio insular de Estados Unidos, de Brasil, de Francia, entre otros países.²⁸



²⁶ Michel de Certeau, *A invenção do cotidiano*, Rio de Janeiro, Brasil, Vozes, 1994, p. 200.

²⁷ Sobre este proceso fueron realizadas a lo largo de las últimas décadas importantes investigaciones que buscaron “deconstruir” la idea de región y “marcha del café”. Véanse especialmente Nelson Dácio Tomazi, “Norte do Paraná”, en Nelson Dácio Tomazi, *Histórias e fantasmagorias*, tesis de doctorado, Universidade Federal Do Paraná, Curitiba, Brasil, 1997; Lúcio Tadeu Mota, “A construção do vazio demográfico”, en Lúcio Tadeu Mota, *A guerra dos índios kaingang: a história épica dos índios kaingang no Paraná (1796-1924)*, Maringa, Brasil, Eduem, 1994; y Gilmar Arruda, *Cidades e sertões*, São Paulo, Brasil, Edusc/Bauru, 2000.

²⁸ Donald Worster, *op. cit.*, 1991, p. 1.

Toda renovación en el campo de la teoría y del método del historiador, así como de la Historia, no habría sido suficiente para advertir a los profesionales que el espacio no es un dato bruto, como se indicó antes. Sin embargo, según Worster, el surgimiento de la historia ambiental, amenazó el orden establecido por los Estados nacionales para la narrativa de los historiadores:

[...] esta forma de organizar el pasado que tiene la virtud innegable de preservar un simulacro de orden delante de un caos amenazador es una manera de sintetizar todas las capas y fuerzas. Por ello, al mismo tiempo, puede crear obstáculos para nuevas investigaciones que no se enmarquen en las fronteras nacionales, como es el caso de la historia ambiental. Muchas de las cuestiones de este nuevo campo desafían una nacionalidad estrecha [...] Es verdad que otros temas ambientales se desarrollaron estrictamente dentro del panorama de una única nación [...], pero no todos lo hicieron y, en la historia que será escrita en el futuro, lo harán cada vez menos.²⁹

Además de los espacios nacional y regional que limitan al investigador de la historia ambiental, se debe tener mucho cuidado con otras formas de demarcación espacial provenientes de diversas ciencias, de manera particular, las que se dedican al tema del medio ambiente, quienes utilizan nociones como *ecosistema*. A pesar de que esta definición, pueda tener una precisión razonable al indicar la interrelación de “elementos orgánicos e inorgánicos” en un área específica al definir una posible singularidad, como un lago; en otros casos, la noción se amplía espacialmente e implica la idea de *ecosistema*, por ejemplo, la Selva Amazónica o el bosque atlántico.³⁰

Si se considera que la cuestión medular para esta historia es la relación entre hombre y naturaleza, la idea de espacio en la Selva Amazónica o el bosque atlántico —dada la diversidad de la población y las acciones humanas a lo largo del tiempo—, volvería casi imposible su empleo en este campo historiográfico. Hay que tomar en cuenta la validez de esta reserva desde una perspectiva micro espacial, o circunscrita en términos territoriales y fenómenos ambientales, pero tal vez no sea válida para algunos fenómenos ambientales-naturales, que resultan de



²⁹ *Ibid.*, p. 2.

³⁰ *Ibid.*, p. 7.

la acción del hombre, por ejemplo: el impacto del efecto invernadero sobre las florestas o en las alteraciones climáticas globales. Además, al ser incorporada la noción de *ecosistema* por la historia ambiental, sin las ponderaciones necesarias, transfiere al campo de las humanidades el peligro del determinismo biológico para las acciones humanas. ¿Quedarían los historiadores ambientales como rehenes de una especialidad definida sin que se considere la acción humana sobre este mismo espacio? Existe una tendencia en las ciencias biológicas por *despreciar* en sus definiciones y estudios la acción humana sobre el medio ambiente que, conforme al análisis de Mauro Leonel,³¹ podría denominarse *ecodeterminismo* o *ecorreduccionismo*. En diálogo con Escuret, Leonel afirma:

Escuret, por otro lado, cree que el determinismo, que desde su entendimiento domina a muchos ecólogos, les impide comprender cómo la facultad simbólica y la producción de medios de existencia actúan sobre el modo de instalación y de reproducción de una sociedad humana en su ambiente [... Escuret comenta] El determinismo los lleva a abstraer la historia, el hecho de que el ser humano es el conjunto de sus relaciones sociales. Así como las sociedades no pueden ser comprendidas sin su medio ambiente, la especie humana no puede ser entendida descarnada de su sociabilidad. Las sociedades, incluso en Amazonia (estudiada por Leonel), deben de ser vistas en su ambiente, pero la fabricación práctica e ideológica de la naturaleza es hecha en y por la sociedad.³²

Al tratar de huir de las trampas ideológicas de los espacios nacionales y regionales —que pueden limitar la reflexión en el campo de la relación del hombre con la naturaleza— el historiador ambiental corre el riesgo de caer en otra trampa, la del espacio definido por otras ciencias que no consideran la acción del hombre.

Otro problema que puede resultar de la incorporación de conceptos sin el debido diálogo y depuración se encuentra en la idea de *equilibrio del medio ambiente*. Esta noción ha tenido una gran influencia en las discusiones acerca de la preservación, protección y recuperación del *patrimonio* ambiental; tiende a un congelamiento del espacio definido como un *ecosistema* específico. Este tipo de



³¹ Mauro Leonel, *op. cit.*, 1998.

³² *Ibid.*, p. 13 y Georges Guillet Escuret, *Les sociétés et leurs natures*, París, Francia, Armand Colin, 1989, p. 63, respectivamente.

argumento es bastante común en las definiciones de áreas de protección ambiental particulares o públicas. Antônio Carlos Diegues ha demostrado las implicaciones sociales y ambientales en las antiguas nociones de *parques naturales*, como forma de preservar una naturaleza intocada, salvaje e íntegra. Para Diegues,

[...] la concepción de estas áreas protegidas proviene del siglo pasado (XX), al haber sido creadas primeramente en Estados Unidos, con el fin de proteger la vida salvaje amenazada, según sus creadores, por la civilización urbano-industrial, destructora de la naturaleza. La idea subyacente es que, aunque la biosfera fuera totalmente transformada, domesticada por el hombre, podrían existir partes del mundo natural en su estado primitivo, anterior a la intervención humana.³³

Según este autor, en las concepciones del siglo XIX, la única forma de preservar la naturaleza era alejarla del hombre, creando *islas* que pudieran ser disfrutadas por él —en esencia era destructor—, a través de la contemplación y para liberar el estrés de la civilización urbano-industrial.³⁴ Sin embargo, esta naturaleza parece nunca haber existido:

La existencia de un mundo natural salvaje, intocado e intocable, hace parte, por lo tanto, de estos nuevos mitos. Como afirma Ellen, sin embargo, la naturaleza en estado puro no existe, y en las regiones naturales señaladas por los biogeógrafos suelen corresponder a zonas extensivamente manipuladas por el hombre.³⁵

Si los autores antes mencionados poseen alguna razón en sus argumentos, lo que considero bastante probable, los historiadores necesitan cautela para acercarse a las definiciones espaciales construidas en otros campos científicos, así como a las formas en que la naturaleza ha sido utilizada y apropiada por los hombres en la definición de sus esferas de vivencia biológica y en los campos del imaginario social, como las fronteras nacionales imaginables, incluso recurriendo a los *acci-*



³³ Antônio Carlos Diegues, *op. cit.*, 1996, p. 13.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*, p. 14. Antônio Carlos Diegues se refiere a Roy Ellen, *Environment, Subsistence, and System: the Ecology of Small-Scale Social Formation*, Nueva York, Estados Unidos, Cambridge University Press, 1989.

dentés naturales para demarcar territorios, apropiándose simbólicamente de estos espacios delimitados.

Con base en lo anterior trataré de demostrar las reflexiones señaladas mediante el análisis del momento histórico de apropiación de un río por parte de los hombres. Me refiero al río Tibagi, en el estado de Paraná, a mediados del siglo XIX; y al significado concreto del paisaje para los grupos sociales involucrados.

EL RÍO TIBAGI Y LA DISPUTA POR TERRITORIOS

El espacio circunscrito por los ríos Tibagi, Paranapanema, Paraná e Ivaí y las áreas de sus respectivas cuencas, conocidas actualmente como áreas de los estados de São Paulo, Paraná y Mato Grosso do Sul, fue escenario, a mediados del siglo XIX, de una intensa disputa territorial. La historia de la instalación de la colonia militar de Jatay y de la aldea de São Pedro Alcântara, entre 1851 y 1855, junto con los actores sociales involucrados, demuestran claramente el conflicto que se desarrollaba por la disputa del río Tibagi y sus márgenes. Los actores implicados, como ya se mencionó, fueron: el Estado nacional, mediante la política de fronteras, en busca de la afirmación de su territorio; los comerciantes interesados en ampliar sus negocios y tierras, como el barón de Antonina; los grupos indígenas kaingang y guaraní y los religiosos, como el Fraile Timoteo, dirigente de la aldea.

Desde mediados del siglo XVIII —en parte como resultado de la política de fronteras de la Era Pombalina—, se realizaron diversas expediciones y tentativas para reconocer, levantar el mapa y ocupar los territorios del *Sertão del Tibagi*.³⁶ Las más conocidas fueron las patrocinadas por Morgado de Mateus, entre 1770 y 1784, gracias a las memorias publicadas en los *Anales de la Biblioteca Nacional* y a la rica iconografía producida.³⁷ Además, tal vez por la feroz resistencia de los gru-



³⁶ En el caso de las expediciones de Afonso Botelho lo que se conocía como *Sertões del Tibagi* son, en términos de la especialidad contemporánea, las regiones de las nacientes del río Ivaí, en el estado de Paraná, o como quedó conocido en el proceso de nombramiento, los Campos de Guarapuava. Esta tensión alrededor del nombramiento, así como la manera específica de nombrar dichos territorios indican, en una perspectiva de analizar históricamente las especialidades, que la noción de espacio practicada a finales del siglo XVIII, era muy diferente de aquella que aparece en la cartografía y los relatos del siglo XIX, especialmente después de la creación de la provincia de Paraná. Quiero decir con esto que no había una separación de territorios.

³⁷ Véase Glória Kok, *O sertão itinerante: expedições da Capitania de São Paulo no século XVII*, São Paulo, Brasil, Editora Hucitec/Fundação de Amparo a Pesquisa do Estado de São Paulo, 2004.

pos kaingang, residentes en los campos de “Koran-bang-rê, que impusieron una estrepitosa derrota y la retirada de las fuerzas de ocupación”.³⁸

La disputa entre blancos y grupos indígenas por los inmensos territorios circunscritos por las cuencas de los ríos antes mencionados, se extendió desde el siglo XVIII hasta la actualidad. La estrategia de cada grupo cambió en función de la *situación histórica* particular. En ese mismo periodo los portugueses intentaron conquistar la región de los kaingang en el Koran-bang-rê, pero resistieron hasta las primeras décadas del siglo XIX; a partir de entonces, fue imposible contener el avance portugués, en parte, debido a la presión política de la ocupación (llamada inmigración), lo que derivó en el crecimiento poblacional de los advenedizos. Los métodos necesitaban ser modificados.

Según Lúcio Tadeu Mota, en la región baja del río Tibagi, lo que estaba pasando a mediados del siglo XIX, representaba los cambios de tácticas políticas de los grupos indígenas frente a la presión de la sociedad blanca, evidenciada en la política de creación de aldeas y colonias militares. Sin embargo, quizás el proceso y ritmo de los conflictos alrededor del territorio también hayan sido influidos por las condiciones naturales del terreno y de los ríos. A pesar de que el Tibagi se menciona en los mapas del siglo XVI, su completa *navegación* y reconocimiento permanecieron desconocidos hasta el último cuarto del siglo XIX.³⁹ Se puede in-



³⁸ Según Lúcio Tadeu Mota, los portugueses denominaron Campos de Guarapuava a lo que los indígenas nombraban Koran-bang-rê, que significa “campo grande y claro” o “gran claro”. Tres importantes trabajos acerca de las relaciones establecidas por los portugueses y los indígenas fueron producidos, cambiando de manera significativa las perspectivas de abordaje sobre los conflictos entre los grupos indígenas y los portugueses o, más tarde, la sociedad brasileña nacional. En esos trabajos los indígenas no fueron pacíficamente conquistados o aldeados, al contrario, hicieron guerra en contra de los invasores, trazaron alianzas políticas y acuerdos para tratar de mantener sus territorios. En esos trabajos los grupos indígenas asumen el verdadero papel de actores históricos. Véanse Lúcio Tadeu Mota, *op. cit.*, 1994 y *O aço, a cruz e a terra: índios e brancos no Paraná provincial (1853-1889)*, tesis de doctorado, Universidade Estadual Paulista, Assis-São Paulo, Brasil, 1998; y Kimiye Tommasino, *A História dos kaingang da bacia do Tibagi: uma sociedade jê meridional em movimento*, tesis de doctorado, Universidad de São Paulo, São Paulo, Brasil, 1995.

³⁹ Thomas P. Bigg-Wither, ingeniero inglés que estuvo en la región en la década de 1870, así se refirió a determinada parte del río Tibagi: “Ningún hombre civilizado jamás controló el río en las partes que quedan arriba y debajo de estos dos picos (Apucarana y Agudos), entre los cuales se supone hay una gran cascada, calculada entre 100 a 500 pies. Cerca de 100 millas de esta parte del río quedaron sin ser controladas, además de la considerable extensión

ferir que la ocupación de la cuenca del Tibagi por la sociedad blanca, estuvo fuertemente influida por la configuración de su lecho y la vegetación de sus márgenes.

Dora Shellard Corrêa demostró que la embestida sobre los territorios tribales al sureste de São Paulo, desde el siglo XVIII y las primeras décadas del XIX —región que en ese periodo comprendía la llamada Quinta Comarca, que en 1853, se volvió la provincia de Paraná, hoy Estado de Paraná—, ocurrió especialmente en torno al camino del Viamão y mediante las actividades de crianza y *troperismo*.⁴⁰ Esa actividad propició el surgimiento de grandes fortunas como la de João da Silva Machado, barón de Antonina; y Antônio da Silva Prado, barón de Iguape.

El barón de Antonina poseía *sesmarias*⁴¹ tanto en el territorio que entonces pertenecía a São Paulo, como en el que se localizaba al sur, el cual, posteriormente, sería Paraná.⁴² Shellard Corrêa sostiene que la ocupación de los territorios tribales ubicados a orillas del camino del Viamão, quedó restringida a los espacios de campos y campiñas debido a: la falta de gente para ocuparlos, al costo que significaba la tala del bosque, al peligro de los indígenas y, al hecho de que la base económica que soportaba esta apropiación era especialmente la crianza de animales que sólo necesitaba de los campos para sus actividades.⁴³



no señalada en el mapa, y que fue vista apenas por algunos habitantes de la región que de vez en cuando embestían contra sus misterios y enfrentaban sus peligros en busca de oro y diamantes". Thomas P. Bigg-Wither, *Novo caminho no Brasil meridional: a provincia do Paraná, 3 anos em suas florestas e campos*, Curitiba, Brasil, Universidade Federal Do Paraná, 1974, p. 387.

⁴⁰ El camino del Viamão, o camino de los Troperos, era la ruta que unía, en los siglos XVII y XVIII, el sur de Brasil (Rio Grande del Sur), con la región de Sorocaba, estado de São Paulo. Los criadores de ganado y mulas riograndenses llevaban sus animales anualmente hasta la ciudad de Sofocaba donde eran comercializados. La actividad de conducción de los animales es conocida como *troperismo*.

⁴¹ *Sesmarias* era el nombre dado a la concesión de tierras a particulares hasta el año de 1850. Cuando surgió la Ley de Tierras se eliminó la concesión a través de las *sesmarias*. En ese régimen, la posesión era del ocupante de la tierra, pero ésta podía regresar a la Corona portuguesa y ser concedida a otra persona, en caso de no haber sido ocupada. La Ley de Tierras transformó la tierra en propiedad privada.

⁴² João da Silva Machado nació en Taquari, Río Grande del Sur, el 17 de junio de 1772. Al principio del siglo XIX hizo su primer viaje a Sorocaba, tenía entonces 18 años. Se estableció en la región de los campos de Faxina, en Itararé, São Paulo. En 1820 apareció en el escenario político de São Paulo. A partir de la década de 1840, empezó las "exploraciones y la apropiación de inmensos territorios indígenas en Paraná y Mato Grosso". Lúcio Tadeu Mota, *op. cit.*, 1998, p. 194.

⁴³ Dora Shellard Corrêa, *op. cit.*, 1997, pp. 78-79.

Quiero enfatizar, sin rechazar la tesis de Shellard Corrêa, la presencia de la naturaleza (ríos, bosques y campos) en las formas de apropiación de los territorios tribales, desencadenadas por el barón de Antonina, a partir de 1840. También cabe hacer una restricción en términos conceptuales, pues Mota denomina este proceso “guerra de conquista”, —para él, las formas de denominación son ideológicas y sufrieron un proceso de mutación—. Durante los siglos XVIII y XIX, fue descrito como “descubierta y conquista”, a finales del XIX, se convirtió en “inmigración” y, más tarde, en el XX, se le llamó “colonización”.⁴⁴

En los diversos relatos de las *entradas*,⁴⁵ financiadas por el barón de Antonina y el Imperio⁴⁶ puede percibirse de forma clara que el medio ambiente condicionaba las rutas y alternativas para la realización de sus objetivos. Como la primera *entrada* hecha por Joaquim Francisco Lopes y João Henrique Elliot en 1845 a través de los ríos Verde, Itararé, Parapanema, Paraná e Ivaí no fue exitosa para los propósitos del barón, en 1846 se realizó una segunda para llegar hasta la Sierra Apucarana, que “mirando a gran distancia, calculó el Barón ser una suficiente *atalaya*⁴⁷ [y no se equivocó] São Paulo, Brasil, para reconocerse todo el serrato circunvecino”.⁴⁸ Cuando llegaron, después de 50 días, subieron la Sierra Apucarana y relataron:



⁴⁴ Lúcio Tadeu Mota, *op. cit.*, 1998, pp. 55-60.

⁴⁵ *Entradas* fueron expediciones de reconocimiento del territorio indígena promovidas por particulares. Eran integradas por hombres prácticos del “serrato”, como los hermanos Lopes y por cartógrafos como João Henrique Elliot, ex marino inglés, contratado por el barón para hacer un mapa de las rutas de las *entradas*. En esas *entradas*, la estrategia principal era recurrir y describir el territorio a través de los ríos. En el caso específico que se analiza, la región, actualmente al norte del estado de Paraná, estaba cubierta por una densa selva estacional que hacía casi imposible su penetración por tierra. Los ríos eran los únicos caminos viables.

⁴⁶ Para Tadeu Mota, la guerra de conquista de los territorios tribales, que tuvo su etapa más visible en la acción del barón de Antonina, representaba, en la práctica, la ejecución de la política de reclusión de los indios en aldeas, definida por la elite gobernante al inicio del Estado brasileño. Lúcio Tadeu Mota, *op. cit.*, 1998, pp. 197-199.

⁴⁷ *Atalaya*: el punto más alto de un monte. Un buen local para vigilar.

⁴⁸ João da Silva Machado, “Itinerário das viagens exploradoras emprendidas pelo Sr. Barão de Antonina para descubrir uma via de comunicação entre o porto da Villa de Antonina e o Baixo-Paraguai na provincia de Mato-Grosso: feitas nos anos de 1844 e 1847 pelo sertanista o Sr. Joaquim Francisco Lopes, e descritas pelos Sr. João Enrique Elliot [manuscrito inédito ofrecido al Instituto por el mismo señor barón de Antonina, su socio]”, en *Revista Trimestral de História e Geografia do Instituto Histórico e Geográfico do Brasil*, segundo trimestre, tomo 10, 1848, p. 154.

¡Qué majestuoso cuadro! [...] extendidos como un mapa a nuestros pies veíamos correr caudalosos los ríos, atravesando las más pintorescas y magníficas selvas de Brasil [...] El Tibagi, después de pasar la sierra de los Agudos serpenteaba por los márgenes rumbo NNO [nornoroeste]: más lejos, se veía el Paranapanema, cortando el serrato de Este a Oeste, y allá, en el extremo horizonte una línea apenas visible, que se extendía de NE [noreste] a SO [suroeste] enseñaba el curso del gigante Paraná [...] de estas indagaciones concluimos que el Tibagi debería ser navegable luego debajo de la campiña del Inhoó.⁴⁹

Si se consideran las afirmaciones de Ayrosa, tal vez esta forma de manifestación no fuera propiamente de los sertanistas, sino una interpretación del barón de Antonina. A pesar de ello, contienen importantes pistas acerca de cómo uno de los principales actores sociales del periodo, los propietarios de tierras, representados aquí por el barón, *percibían* la naturaleza. En su relato, los ríos aparecían como los marcos con que podrían delimitar la región de su interés: los territorios tribales.

En otra expedición, casi 30 años después, Nestor Borba, hermano del sertanista Telémaco Borba, quien trabajó con el fraile Timoteo en la aldea de São Pedro de Alcântara,⁵⁰ junto con otros, visitó las cascadas de Siete Quedas⁵¹ con el objetivo de verificar la posibilidad de construir un puente por donde pasaría una vía fér-



⁴⁹ *Ibid.*, p. 156. Plínio Marques da Silva Ayrosa, socio del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño (IHGB) en la década de 1920, por ocasión de la reorganización del acervo del Instituto, encontró un original de Joaquim Francisco Lopes y, al compararlos con los resúmenes enviados por el barón de Antonina en la década de 1840, afirmó que: “El barón, destinando los relatos a publicación en la Revista del Instituto, de ellos (los relatos) sacaba naturalmente lo esencial, dándoles forma y estilo, que por cierto no tenían [...] no son positivamente de la labra de ellos [Joaquim Francisco Lopes y João Henrique Elliot]”, Plínio Marques da Silva Ayrosa, “As *entradas* de Joaquim Francisco Lopes e João Henrique Elliot-O barão de Antonina”, en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico de São Paulo*, vol. 28, 1930, p. 226.

⁵⁰ Aldea de indígenas: política de control de los grupos indígenas desarrollada por el imperio Brasileño en el siglo XIX; consistía en reunir los grupos dispersos en determinados locales. La aldea de São Pedro de Alcântara fue instalada por el Estado en las orillas del río Tibagi a mediados del siglo XIX, delante de la colonia militar de Jatay.

⁵¹ Las Siete Quedas era un sistema de caídas existente en el río Paraná, ubicadas a decenas de kilómetros arriba de la desembocadura del río Iguazu. Fueron cubiertas por la construcción de la hidroeléctrica de Itaipu en las décadas de 1970 y 1980.

rea que uniera Antonina con Mato Grosso y Paraguay. Lo importante aquí es que, cuando su comitiva llegó al río Paraná, después de embarcar en la colonia militar del Jatay, navegar los ríos Tibagi y Paranapanema, en el inicio de la madrugada del 6 de enero de 1876, el timonero gritó: “¡Buenos días, Paraná!”⁵² Para Borba, fue la expresión del miedo que los camaradas tuvieron de navegarlo, pero quizá también, otra forma de percibir su naturaleza.

Respecto a las *entradas* de Joaquín Francisco Lopes y João Henrique Elliot, el propósito de observar como un pájaro el curso de los ríos, era verificar la posibilidad de navegación, pues uno de los objetivos del barón era establecer una ruta de navegación que uniera Paraná, que todavía era la quinta comarca de São Paulo, con Mato Grosso. De hecho, buscó comunicar las amplias *sesmarias* que tenía en São Paulo, Mato Grosso y Paraná.

En la tercera *entrada*, a finales de 1846, la estrategia fue iniciar por la región de Castro, municipio ubicado en la naciente del río Tibagi, a unos 150 kilómetros al norte de Curitiba. Salieron de la hacienda Fortaleza, pasando por los campos de Inhoó, buscaron un afluente de la orilla derecha del Tibagi que pudiera ser navegable, para llegar al Paranapanema. La ruta elegida buscaba evitar los bosques, atravesaba las restingas, las campiñas, los arbustos, llegaba así a un lugar que nombraron San Jerónimo. El bosque era un obstáculo, como se puede inferir por los comentarios existentes en los relatos:

Después del descubrimiento de las campiñas de [San] Jerónimo, se despertó la ambición de algunas personas que vivían vecinas a este sertão [...], se hicieron indagaciones, se descubrieron arbustos, pero al encontrarse con el mato fuerte, se devolvieron.⁵³

En esta *entrada*, los sertanistas eligieron el riachuelo Congonhas para el embarque rumbo a Mato Grosso.

La sexta *entrada* tuvo como objetivo “descubrir un tránsito fluvial (embarcando en el río Tibagi) para la provincia de Mato Grosso”.⁵⁴ El río dictaba el ritmo a



⁵² Nestor Borba, “Excursão ao Salto de Guayra ou Sete Quedas pelo capitão Nestor Borba”, en *Revista Trimestral do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, núm. 61, 1896, pp. 65-74.

⁵³ João da Silva Machado, *op. cit.*, 1848, p. 159.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 160.

los viajeros, determinaba lo que debían observar y la forma de hacerlo. Después de haber embarcado el 14 de junio de 1847, no pudieron continuar los siguientes dos días, pues había llovido mucho y el nivel del río subió más de tres metros: “la corriente siendo muy violenta tuvimos miedo de seguir, fallamos”.⁵⁵ El día 18, se encontraron con una fuerte “itaupava”, cascada donde fue necesario descargar la canoa. Observaban las orillas, y el 19 de junio de 1847, se encontraron con “corriente fuerte, mato bueno de palmito, naranjos silvestres”.⁵⁶ Entonces, fue necesario pasar las canoas descargadas a través del río que “serpenteaba por canales de plantas de palmito”.⁵⁷ Los días 27 y 28 fracasaron por el mal tiempo; para el 29, llegaron a la “pequeña y romántica isla con un lodazal en la punta superior, en donde llegaba un inmenso bando de pájaros, y ahí pernoctamos [...] (la llamamos Isla de los Pájaros)”.⁵⁸ Diecinueve días después de haber partido, llegaron, alrededor de las cuatro de la tarde, al río Paranapanema. Como descripción de este tramo del viaje, escribieron:

El río Tibagi, desde la campiña del Inhoó hasta la Isla de los Pájaros, es propio para la navegación, de ahí para abajo es bueno, las orillas son bordeadas por matos adecuados para cualquier cultura: abundan la caza, el pescado y las frutas silvestres; he calculado la distancia del puerto del Inhoó hasta la desembocadura del riachuelo Congonhas en el río Tibagi en quince leguas a causa de las muchas vueltas, y de ahí más cinco hasta el entronque de este sinuoso río con el Paranapanema.⁵⁹

El río estaba siendo evaluado y apropiado por sus características naturales: si era navegable o no, si poseía peces, si se podía cazar en él, entre otras. Sus márgenes fueron valoradas por la calidad de sus bosques, árboles y terrenos. A pesar de que las características del río y sus orillas fueron descritas en un periodo en el cual la acción humana las había alterado poco, no hay que olvidar que los objetivos de los viajeros condicionaban sus miradas. Ellos percibían y analizaban las condiciones del río para volverlo una *ruta* de navegación y, en cuanto a las tierras de sus



⁵⁵ *Ibid.*

⁵⁶ *Ibid.*, p. 161.

⁵⁷ *Ibid.*

⁵⁸ *Ibid.*

⁵⁹ *Ibid.*, p. 163.

orillas, las condiciones y cualidades del territorio para su utilización en actividades comerciales, como la ganadería y la agricultura. Una nueva manera de relacionarse con la naturaleza y de apropiársela fue estructurada y establecida en el espacio analizado.

Hay que notar que la narrativa demarca la presencia del otro, de aquel que, hasta entonces, realmente dominaba los territorios por los cuales corrían el Tibagi y demás ríos. El 24 de junio de 1847, debido a la corriente del río, se tuvo que pasar la carga por tierra, casi una legua (seis kilómetros): “Tocando en tierra dimos con tres ranchos de indios, abandonados (con toda la apariencia) hacía un año”.⁶⁰

En las otras *entradas*, una de las preocupaciones de los sertanistas fue anotar la presencia de indígenas o de elementos que los denunciaran en las orillas de los ríos navegados. La preocupación por registrar indígenas se debía a la disputa por el espacio que dominaban estos grupos, ya que eran territorios tribales. El control de las orillas de los ríos era de vital importancia para transformarlos en ruta de navegación y, posteriormente, ocupar sus orillas mediante otra forma de apropiación de la naturaleza.⁶¹

La estrategia de los blancos para el control de los ríos y de las zonas situadas a sus orillas tuvo una doble faceta, representada por un lado, por la creación de las colonias militares y, por el otro, por la política de creación de aldeas promovida por el imperio. En el caso del Norte de la futura provincia de Paraná, en la región kaingang del Valle del Tibagi, la creación de colonias y aldeas fue determinada o dirigida por los intereses del barón de Antonina; los del Estado y de los particulares caminaban juntos. La colonia militar de Jatay fue instalada, al inicio de la década de 1850, en un puerto *fundado* por los sertanistas Lopes y Elliot durante las *entradas* realizadas en la década anterior.⁶²



⁶⁰ *Ibid.*, p. 161.

⁶¹ La presencia de indígenas en las orillas del río Doce, en el estado de Minas Gerais y Espírito Santo, fue considerada, por los que ambicionaban transformarlo en una ruta de navegación desde el mar hasta Minas Gerais, como uno de los principales obstáculos para abrir aquel curso de agua a la navegación en las primeras décadas del siglo XIX. Véase Haruf Salmen Espindola, *Sertão do rio Doce*, Bauru, Brasil, Edusc/Governador Valadares/Editora Univale, 2005, pp. 105-115.

⁶² Lúcio Tadeu Mota, *op. cit.*, 1998, pp. 153-154.

Punta de lanza para la entrada de los blancos en los territorios kaingang del río Tibagi, la colonia garantizaría la seguridad de la aldea de São Pedro de Alcântara, instalado en la orilla opuesta al río Tibagi, y también servía de puerto de donde partían las expediciones militares y comerciales para el Mato Grosso, por lo menos hasta cuando tuvo inicio la guerra de Paraguay (1865).⁶³

Mi interés no es hacer un análisis del desarrollo de la colonia ni de las aldeas, más bien destacar que su implementación formó parte de un plan para la ocupación de los territorios indígenas de los ríos Tibagi y Paranapanema como parte de las tácticas de la *guerra de conquista* de los territorios tribales. En este sentido, la estrategia de la sociedad nacional⁶⁴ fue, mediante colonias militares y aldeas, ocupar las riveras para liberar los territorios y el curso del agua de la presencia indígena. En el caso del valle del río Tibagi, sobre todo las partes más altas, los divisores de agua fueron regiones ocupadas por los kaingang quienes impusieron una resistencia feroz a la entrada de los blancos en su zona desde hacía más de un siglo. Además de esos enfrentamientos, sostuvieron una lucha territorial con otros grupos indígenas, en especial con los kayová o guaraní, a lo largo de los valles de los ríos Tibagi, Paranapanema y Paraná.

La legislación imperial que reglamentaba la creación de las colonias indígenas en la provincia de Paraná y Mato Grosso, establecía la creación de ocho colonias en la “ruta Paraná–Mato Grosso, vía ríos Tibagi, Paranapanema, Paraná, Samambaia, Ivinheima”.⁶⁵ Fue clara, según Mota, la idea de proteger la posible ruta comercial que planeaba el barón de Antonina.

En Paraná, el reglamento estipulaba que deberían ser creadas en el río Tibagi las colonias de São Pedro Alcântara, adelante de la colonia militar de Jatay; la de Santa Isabel, diez leguas río abajo de São Pedro Alcântara:

[...] en la confluencia del Tibagi y del Paranapanema; otra, denominada de Nuestra Señora de Loreto, doce leguas abajo de Santa Isabel, en la orilla izquierda del río



⁶³ *Ibid.*, p. 154.

⁶⁴ La Sociedad Nacional es entendida como el proceso de construcción del Estado-nación moderno, cuyo conjunto de articulaciones, delimitación de los territorios nacionales, leyes soberanas, definición de identidades y culturas nacionales resultaron, en Brasil, en la exclusión de la totalidad de los grupos indígenas concretos y en la definición de la categoría *pueblo*.

⁶⁵ Lúcio Tadeu Mota, *op. cit.*, 1998, p. 194.

Parapanema y derecha del río Pirapó, en el lugar de la antigua Misión Jesuítica [y la última, que debería llamarse Santa Thereza] doce leguas debajo de Nuestra Señora de Loreto, en la confluencia del río Parapanema con el río Paraná.⁶⁶

La estrategia de la sociedad nacional siguió la misma lógica de ocupación de los territorios tribales establecida por los jesuitas alrededor de 300 años antes. Las aldeas alrededor de los valles correspondían a una interferencia directa en la forma de vida de esos grupos indígenas que en determinadas estaciones del año se aproximaban a los ríos para pescar o cazar.⁶⁷

Por un lado, la ocupación de los valles de los ríos provocaba establecimientos de aldeas, colonias, puertos y rutas comerciales, al mismo tiempo permitía la ubicación de las riquezas y posibilidades de aprovechamiento. Por otro lado, los valles eran disputados por los grupos indígenas quienes los tenían como fuente nutricional y, además, territorios simbólicos, como fronteras.

La región estudiada se pobló aproximadamente hace siete milenios.⁶⁸ Cuando llegaron los europeos, los guaraní ocupaban vastos territorios en las principales cuencas del río Paraná y largas franjas en el litoral: desde el sur de São Paulo hasta Río Grande del Sur. Los jesuitas, con sus misiones en los valles de los ríos Pirapó, Tibagi, Ivaí y Piquiri, lograron reunir cerca de 200 mil indios. Los expedicionarios paulistas [bandeirantes] destruyeron esas misiones a mediados del siglo XVII. Las poblaciones guaraní que residían allí fueron transferidas a otras misiones o bien, fueron esclavizadas y llevadas a São Paulo. Hubo, de esta manera, una drástica reducción de ese grupo en estas cuencas, las cuales fueron ocupadas por otras etnias, como la kaingang. Después de la destrucción de las reducciones jesuítas, los guaraní-kayová se “concentraron en los territorios ubicados al oeste del río Paraná”, en donde estaban cercados por los guaicuru y los terena, entre otros.⁶⁹



⁶⁶ Lúcio Tadeu Mota, *op. cit.*, 1998, pp. 194-195.

⁶⁷ Sobre la relación de los kaingang con el medio ambiente, véase Kimiye Tommasino, “A Ecología dos kaingang da bacia do rio Tibagi”, en Moacir E. Medri, Edmilsom Bianchini, Oscar A. Shibata y José A. Pimenta (orgs.), *A bacia do Rio Tibagi*, Londrina, Brasil, MC-Gráfica, 2002, pp. 81-103.

⁶⁸ Para este debate e informaciones sobre la presencia de los diversos grupos indígenas en la región, véase Lúcio Tadeu Mota, *op. cit.*, 1998, pp. 381-403. Sus reflexiones son seguidas en este trabajo y le agradezco las aclaraciones posteriores, además de referencias bibliográficas proporcionadas en un reciente encuentro.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 384.

Para Tadeu Mota, los kayová tenían vislumbrada, en el proyecto del barón de Antonina de establecer una vía fluvial de Paraná hasta Mato Grosso, una posibilidad de “que la lucha por la reconquista de sus territorios ubicados al este del río Paraná podría ser viabilizada, utilizándose una alianza con el Barón”.⁷⁰

En este contexto se encontraban los indígenas kayová aproximándose a la hacienda del barón de Itapetininga (São Paulo), en 1830, periodo anterior al surgimiento de la colonia militar y de las aldeas a las orillas del Tibagi (cerca de 1850). Para Tadeu Mota, esta disputa territorial ayudó a explicar la migración de los kayová a la aldea de São Pedro de Alcântara a principios de la década de 1850. La interpretación del autor señala que la decisión de migrar formó parte de una estrategia política de los kayová en su lucha por retomar los territorios, esa estrategia fue anterior a la propia acción del barón y está comprobada por la presencia de miembros del grupo en la región de la hacienda del barón de Itapetininga.

Según este autor, alrededor de 1845, los kaingang tenían “el dominio de las tierras que estaban a las orillas de los ríos Tibagi, de las Cinzas, Laranjinha e Itararé, y los kayová temían circular por estos territorios”.⁷¹ El plan del barón era traer a los kayová a las orillas de los ríos Tibagi y Paranapanema y, de esta manera, aprovecharse del conflicto ancestral entre kaingang y kayová para garantizar sus pretensiones.

El cacique Libânio (Liguajurú), guaraní-kayová, quien controlaba las orillas del río Ivinhema, afluente oeste del Paraná y que tenía caciques subordinados, “había decidido que una parte de su pueblo iba a cambiarse para las tierras del Paranapanema-Tibagi”.⁷² Según Tadeu Mota, había más de 4 000 indígenas en *teká*⁷³ de Ivinhema, de los cuales, apenas un poco más de 10% se desplazaron para el Tibagi.

La posibilidad de recuperar los territorios era concreta, lo que hizo que los kayová aceptaran la *alianza* con el barón fue que:

Elliot parece haber dicho lo que a los kayová les gustaría haber escuchado. Que sus territorios en la orilla occidental del Paraná estaban sujetos a los ataques de enemi-



⁷⁰ *Ibid.*

⁷¹ *Ibid.*, p. 391.

⁷² *Ibid.*, p. 395.

⁷³ *Teká*, denominación de aldea o área comandada por un cacique.

gos con quienes mantenían guerras tribales seculares [...] Que debido al aumento de la población había la necesidad de buscar nuevas áreas [...] Podrían hasta intentar la expansión para el oeste, pero que allá encontrarían los temibles guaicuru y terena, hacia el sur encontrarían las poblaciones blancas de Paraguay, al norte había los kayapó y oti-xavantes. Por otro lado, simplemente cruzar el río Paraná e intentar la reocupación del Guaira era muy arriesgado: ya habían intentado hacer esto y fueron impedidos por los kaingang, incluso el padre de Libânio fue muerto por un cacique kaingang en la Sierra de los Dourados cuando intentaba recuperar a su mujer Jacintin, raptada por los kaingang.⁷⁴

Las disputas de las sociedades tribales por los territorios eran provocadas, entre otras cosas, por la necesidad de supervivencia, pues eran sociedades que se movían y dependían de los recursos de esas regiones para sus actividades de plantío, colecta, caza y pesca. El río era estratégico para obtener fuentes nutricionales y para el desplazamiento. En palabras de Elliot, que trataba de convencer nuevamente a los kayová para que se desplazaran al Tibagi después de la primera tentativa frustrada por la precipitación:

Entonces les hice entender, mediante los interpretes [...] Después de esto, les conté detalladamente la abundancia que encontrarían en las orillas y bosques del Tibagi llenas de palmitos, ricas en frutas, caza, miel y *el río desbordando de peces*.⁷⁵

Es claro que la disputa por los recursos naturales del río, a pesar de que eran vistos de manera distinta por cada grupo, definía las tácticas de ocupación de varios actores sociales a mediados del siglo XIX. Estas luchas no se limitaron al tramo del bajo Tibagi en la región en donde hoy se ubica la ciudad de Jataizinho, sino que se extendían por todo el “gran sistema hidrográfico del Paraná” y estados vecinos.⁷⁶



⁷⁴ Lúcio Tadeu Mota, *op. cit.*, 1998, p. 397.

⁷⁵ João Henrique Elliot, “A emigração dos cayuaz (Narração coordenada sob apontamentos dados pelo Sr. João Enrique Elliot pelo sócio efetivo, o Sr. Brigadeiro J. J. Machado de Oliveira)”, en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Brasil*, núm. 19, 1898, p. 439. Énfasis mío.

⁷⁶ Lúcio Tadeu Mota, *op. cit.*, 1998, pp. 381-480.

Pero los kaingang, aparentemente, percibieron que los estaban cercando, de un lado los blancos y del otro los kayová, y decidieron pelear también la relación con los blancos mediante las aldeas, o por lo menos detener la instalación de los kayová en la zona del Tibagi/Paranapanema. En 1862, los kaingang atacaron la aldea de Nuestra Señora de Loreto, en el río Pirapó, en su desembocadura con el Paranapanema. Ya habían invadido e intentado atacar la aldea de São Pedro de Alcântara en 1859, fue necesario llamar a las fuerzas policíacas de la colonia militar de Jatay para impedirlo.⁷⁷

CONCLUSIÓN

El campo historiográfico que se denomina historia ambiental o historia ecológica, ha crecido de manera significativa en las últimas décadas, impulsado por diversas motivaciones; la principal, probablemente, sea la aguda percepción contemporánea de que el reto del siglo XXI es la cuestión ecológica. Algunos defienden que ya existe una clara asociación entre el tradicional campo de la historia social y el de la reciente historia ambiental. En un artículo publicado en *Journal of Social History*, Stephen Mosley, al hacer un balance de la contribución de la historia social, señala como una gran perspectiva para este ámbito el acercamiento con la historia ambiental; para el autor, hasta ahora los historiadores sociales no han dado mucha importancia al tema. Sin embargo, considera que “la historia social y la historia ambiental son básicamente campos complementarios y argumenta en favor del crecimiento de la colaboración y por hacer de las relaciones hombre-medio ambiente un tema clave para futuras investigaciones”.⁷⁸ No es necesario hacer una defensa del campo historiográfico, pues, a inicios del siglo XXI, parece más evidente la importancia de las temáticas estudiadas por la historia ambiental.

Con todo, un asunto específico dentro del problema ambiental, o mejor, del gran reto del siglo XXI, como lo definió Hobsbawm, es la gestión de los recursos hídricos. Si se mantienen los ritmos actuales de degradación y concentración del uso en poco tiempo se llegará al límite para poder atender la demanda mundial. Esta no es una cuestión aislada.



⁷⁷ *Ibid.*, p. 259.

⁷⁸ Stephen Mosley, “Common ground: integrated social and environmental history”, en *Journal of Social History*, vol. 39, núm. 3, primavera, 2006, pp. 915-933.

En este ensayo se buscó demostrar, inicialmente, que el estudio de las relaciones del hombre con el agua, en particular con los ríos, exige determinadas preocupaciones metodológicas para superar una lectura superficial de la importancia que los cursos de agua han tenido para la sociedad.

El río Tibagi aparece en documentos del Estado nacional —la administración de la provincia de Paraná—, como una posible vía de desplazamiento de personas y mercancías.

Si la opción hubiera sido limitarse a esta imagen cristalizada por la perspectiva del Estado, el río habría resultado apenas una ruta de transporte, pero existían otros actores sociales en aquel espacio. La precaución metodológica por pensar las relaciones entre hombre y naturaleza como esencialmente complejas, envuelve los aspectos significativos que el río Tibagi poseía a mediados del siglo XIX; de esa manera, no sólo constituyó una posible vía de transporte, sino también, un espacio de supervivencia para los grupos indígenas. Sus riveras representaban, asimismo, la posibilidad de ser transformadas en propiedad privada.

La naturaleza del Tibagi, su constitución geológica definidora de las corrientes, del tipo de tierras y de la vegetación de sus orillas formaron parte de las decisiones tomadas por los hombres —blancos e indígenas—, que se disputaron el territorio a mediados del siglo XIX.

Al final —de haber logrado con éxito el objetivo de mostrar la complejidad de la apropiación de la naturaleza por el hombre en cualquier momento histórico—, hay que considerar, para el momento actual, la misma necesidad metodológica en el estudio y la gestión de los recursos hídricos.

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE ANA GILKA DUARTE CARNEIRO

D. R. © Gilmar Arruda, México, D.F., julio-diciembre, 2006.